

Lewis Carroll

LA CAZA DEL CARUALO

Lewis Carroll

# LA CAZA DEL CARUALO

Una agonía en ocho prontos



Ilustraciones de  
Tove Jansson

Traducción de  
Jordi Doce

Edición bilingüe

Nørdicalibros  
2016

Título original: *The Hunting of the Snark (An Agony in Eight Fits)*

© Text by Lewis Carroll.

Illustrations by Tove Jansson

© Moomin Characters Ltd. /

The Estate of Tove Jansson

Original title: *The Hunting of the Snark*

first published in 1876. First publication of the illustrations in 1959 by Bonniers (Stockholm, Sweden).

Published by arrangement with Bonnier Rights Finland, Helsinki.

© De la traducción: Jordi Doce

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-16830-01-5

Depósito Legal:

IBIC: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Encuadernado en Ramos

Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## PREFACIO DEL AUTOR

**S**i alguna vez —y es algo extrañamente posible— se acusara al autor de este poema breve pero edificante de cultivar el sinsentido, la inculpación se basaría —de ello estoy seguro— en el verso (del Pronto segundo) «O el timón se atoraba en el bauprés».

En vista de esta dolorosa posibilidad, no apelaré indignado (como podría) a mis otros escritos como prueba de mi incapacidad a tal efecto; no señalaré (como podría) el intenso propósito moral que mueve al poema mismo, ni los principios aritméticos inculcados en él con gran prudencia, ni sus nobles lecciones de Historia Natural... Tomaré el curso más prosaico de explicar simple y llanamente cómo surgió.

El Heraldo, que se preocupaba casi enfermizamente de las apariencias, solía desmontar el bauprés una o dos veces por semana para añadirle una capa de barniz, y fue a suceder en más de una ocasión que, llegada la hora de volverlo a montar, nadie a bordo era capaz de recordar en qué extremo del barco iba. Sabían que era inútil pedir ayuda al Heraldo —quien los remitiría al Código Marítimo y leería con patetismo las instrucciones del Almirantazgo, que ninguno de ellos había logrado comprender jamás—, así que solía acabar

atravesado de cualquier manera sobre el timón. El timonel<sup>1</sup> observaba la operación con lágrimas en los ojos: él *sí* era consciente del error, pero ¡ay!... El artículo 42 del Código, «Nadie hablará con el hombre del timón», había sido completado por el propio Heraldo con estas palabras: «y el hombre del timón no hablará con nadie». Así que discutir era imposible, como era imposible gobernar la nave hasta la fecha en que tocaba volver a barnizarla. Durante estos confusos intervalos la embarcación avanzaba generalmente hacia atrás.

Como este poema se halla en cierta medida conectado con la trova del Fablistanón (*Alicia a través del espejo*), quiero aprovechar esta oportunidad para responder a una pregunta que se me hace a menudo, y es cómo se pronuncia «*slithy toves*» (viscoleantes toves). La *i* en «*slithy*» es larga, como en «*avri-the*» (retorcerse); y «*toves*» debe pronunciarse para que rime con «*groves*» (bosquecillos). De nuevo, la primera *o* en «*borogoves*» (borgoves) se pronuncia como la *o* en «*borrow*» (prestar). Tal es la Perversidad Humana.

Ésta parece también una ocasión propicia para avisar de las demás palabras difíciles del poema. El concepto de «palabra maleta» de Humpty-Dumpty (Tentetieso) con el que se empaquetan dos sentidos me parece en todos los casos la explicación idónea.

---

<sup>1</sup> Quien solía desempeñar esta función era el Botones, que buscaba refugio en ella de las quejas constantes del Panadero sobre el lustrado defectuoso de sus tres pares de botas.

Tomemos, por ejemplo, las palabras «*fuming*» (echando humo, frenético) y «*furious*» (furioso). Han resuelto decir ambas palabras, pero no están seguros de con cuál empezar. Ahora abran la boca y hablen. Si sus pensamientos se inclinan siquiera levemente del lado de «*fuming*», dirán «*fuming-furious*»; si se inclinan aunque sea por un pelo del lado de «*furious*», dirán «*furious-fuming*»; pero si tienen el más raro de los dones, una mente perfectamente equilibrada, dirán «*frumious*» (frumioso).

Así pues, cuando Pistola pronunció las célebres palabras: «¿Por qué rey, andrajoso? Habla o muere» (*Enrique IV*, segunda parte, acto V, escena III), y estando seguro el juez de paz Trivial de que la respuesta era o bien William (Guillermo) o bien Richard (Ricardo), aunque sin saber bien cuál, de forma que no se atrevía a decir un nombre en detrimento del otro, ¿no es innegable que, antes **que** morir, habría alcanzado a exclamar «¡Rilchiam!» (¡Riquermo!)?

Pronto primero





## EL ATRAQUE

«¡Un Carualo anda aquí!», gritó el Herald,  
que a los suyos bajaba con cuidado,  
portando a cada cual sobre las aguas  
con el pelo en sus dedos enrollado.

«¡Un Carualo anda aquí!, vuelvo a decirlo.  
¡Un Carualo anda aquí!, y ya son tres;  
que la tripulación esté tranquila:  
lo que os digo tres veces, verdad es».

Diez la tropa formaban: un Botones,  
otro que hacía lonas y bonetes,  
un Abogado en caso de litigios  
y luego un Corredor versado en fletes.

Y si el Apuntador, con gran pericia,  
ganaba un poco más de lo debido,  
un Banquero de ingentes honorarios  
tenía el capital bien protegido.

Y un Castor recorría la cubierta  
o esperaba en la proa haciendo punto:

era un seguro en caso de siniestro,  
que el Heraldo sabía del asunto.

Y otro había, famoso por las cosas  
que extraviara al unirse a este pasaje:  
su reloj, su paraguas, sus anillos  
y la ropa prevista para el viaje.

Cuarenta y dos valijas bien cerradas  
con su nombre pintado en cada una;  
mas, como se olvidó de mencionarlas,  
se quedaron detrás de alguna duna.

No le importó perder la vestimenta,  
pues iba en siete abrigos embutido  
con tres pares de botas para todo;  
más grave era su nombre haber perdido.

Y le llamaban «¡Eh!» y otras lindezas,  
desde «¡Haga el favor!» o «¡Qué marciano!»,  
a «¡Quién-puede-llamarse!» o «¿El-nombre-era?»,  
sin olvidar «Fulano» y «Perengano».

Quien gustaba de términos más firmes  
disponía de nombres diferentes:  
era «cabo de vela» entre sus íntimos,  
«queso al horno» para sus contendientes.

«Es desgarbado, y no muy espabilado  
—opinaba el Heraldo con frecuencia—,  
¡pero cuánto valor! Después de todo,  
el Carualo requiere esa solvencia».

Desafiaba a las hienas meneando  
la cabeza con mueca de descaro.  
Y hasta fue de paseo con un oso,  
«aunque sólo para animarle, claro».

Un buen día volvió loco al Heraldo  
al confesar que, siendo Panadero,  
sólo sabía hacer tartas nupciales...,  
un don allí tan útil como un cero.

Mención merece el último marino  
aunque parezca un memo redomado;  
como sólo pensaba en el Carualo,  
el buen Heraldo lo embarcó a su lado.

Siendo como decía Carnicero,  
fue a declarar después de una semana  
que su afición era matar Castores:  
mudo quedó el Heraldo cual iguana.

Explicó al fin, con trémula cadencia,  
que tan sólo un Castor iba en la nave,

pues viajaba con él como mascota...  
¡La idea de matarlo era muy grave!

Cuando el Castor oyó a los dos hablar,  
dijo al punto, con rostro descompuesto,  
que ni siquiera el gusto de cazar  
mitigaba un agravio tan funesto...

Con firmeza pidió que el Carnicero  
viajara en otro barco semejante;  
y el Heraldó repuso que eran otros  
los planes que albergaba en ese instante.

Navegar no era nunca un arte fácil,  
ni siquiera con cascabel y un barco:  
y un peligro de más le parecía  
con otra embarcación cruzar el charco.

Lo que el Castor debía procurarse  
era un abrigo a prueba de navaja  
—así habló el Panadero— y por supuesto  
un seguro de vida con rebaja.

Tal fue la sugerencia del Banquero,  
quien le ofreció dos pólizas abiertas  
a buen precio, lo mismo contra incendios  
que en caso de pedrisco (por sus huertas).

Después de aquel traspie, si el Carnicero  
pasaba por su lado sin aviso  
el Castor insistía en ignorarlo  
y se mostraba tímido y remiso.

